

¿Está sola tu ama?
Inés. Si:
Que hasta las doce su hermana
No viene.
Blas. Muy bien: ufana
Quedará cuando entre aquí.

Y por la ventana vino
Tras Blas á entrar su criado,
De espada y puñal armado
Y con la faz de asesino.

Blas.—Condúcenos á do está
Tu ama, Inés, en el momento.

Inés.—Callad, que de su aposento
A este sitio llega ya.

Mas ocultaos, por Dios,
Al instante en este cuarto,
Y tiempo tendreis muy harto
Para robarla los dos.

Blas.—¿Y su hijo donde se encuentra?

Inés.—En la cuna está dormido;
Mas entrad, que sois perdido
Si aquí estáis cuando ella entra.

Y al cuarto de la derecha
Al instante hizo que entraran,
Poco antes de que María
A donde estaban llegara.

—Nada me ocultes. Inés,
Dijo María; no nada,
¿Con quién estabas hablando
Hace poco en esta estancia,
Que hasta mi cuarto han llegado,
En confusion, tus palabras?

—Señora. . . .—Pero ¿qué veo!
Está abierta esta ventana,
Y desde el jardin á ella
Descubro puesta una escala!
¿Quién ha entrado?—Yo, María,

Que os amo con el alma:
Dijo saliendo del cuarto
Don Blas, con voz dulce y clara.

Yo, María, que sabiendo
Que el verme os causa penar,
Quise, mi pasion venciendo,
Ya no volveros á hablar,
Aunque esté de amor muriendo.

Mas fué en vano: la razon
Me abandonó en un instante;
Pues un frenético amante
Que adora, cual yo, constante,
No resistió á su pasion.

Que como los rayos rojos
Sigue amante el jirasol
De ese celeste farol,
Sigo yo de vuestros ojos
La luz que es de mi alma el sol.

Por eso con tierno afan,
Aunque en paz dejaros quiero,
Vuelvo ácia vos placentero,
Como va tras el iman,
Sin resistir, el acero.

Soy la tierna mariposa,
Que á la luz de vuestros ojos
Sin cesar vuela afanosa,
Dando la vida en despojos
De esta pasion ardorosa.

Soy el naufrago infeliz,
Que mi fin mirando cierto,
En vos descubro ya el puerto,
Do espero vivir feliz,
Y que á mi dicha está abierto.

Pues ¿cómo dejar podria
En mi imponderable afan,
De veros, bella María,
Cuando en vos ve el alma mia,
Su puerto, luz, sol, é imán?

María.—Mas ved que aunque el jirasol
Constante suele seguir
Del cielo el rojo farol,
Con su fuego consumir
Suele sus hojas el sol.

Blas.—Yo cual el fenix la vida
Llego en el fuego á alcanzar;

Y aunque él sea mi homicida,
El de nuevo me ha de dar
La existencia apetecida.

María.—Acabemos de una vez,
Don Blas, tal conversacion:
Conoceis ya mi altivez,
Mi virtud y mi honradez,
Y que ama á otro el corazon.

Nada tengo que añadir
A lo dicho; y ya que Inés
Os llegó aquí á introducir,
Muy justo y prudente es
Que ambos llegueis á salir.

Blas.—Muy mal conoceis, María,
El temple de mi pasion:
El que ha tenido osadia
Para entrar á esta mansion,
Firme estará en su porfia.

Hace un año, ó mas tal vez,
Que vivo por vos sin calma:
Pues bien, hoy vuestra altivez
A rendir viene mi alma
Sin respeto á ley ni juez.

Miro que estais sorprendida
De oirme hablaros así;
Mas es cosa decidida,
Y queuan me cueste la vida

He de sacaros de aquí.

María.—¡Infame!... ¿tendreis valor?...

Blas.—Para todo: os amo tanto,

Que nada me causa espanto;

Solo aspiro á vuestro amor

Que es causa de mi quebranto.

Si compasiva quereis

Premiar esta llama impia

Que sufriendola me veis,

Mi reina desde hoy sereis,

Y yo un esclavo, María.

Pero si rehusais ahora

Ofrecerme vuestro amor,

En pago del vivo ardor

Que mi corazon devora,

Me hareis ser un vil raptor.

Ved, pues, lo que respondeis.

Si mi amor premiais, María,

Aquí segura estareis;

Mas si despreciaisme impia,

De aquí arrancada os vereis.

María.—¡Hombre vil!... cómo paciencia

Tuve para oiros no sé:

Quitaos de mi presencia,

Que ya el que delirio fué,

En vos, se ha vuelto demencia.

¿Pensabais intimidar

Mi corazon de muger?

Os llegasteis á engañar;

Si hasta hoy no os pude amar,

De hoy os he de aborrecer.

Blas.—Conque tanto odiais, María,

Mi tierno y rendido amor?

María.—Vuestro amor es mi agonía;

Veros mi mayor dolor,

Y oiros mi pena impia.

Mas salid de aquí, por Dios,

Que hablar no es justo los dos.

Blas.—¿El amor que yo os ofrezco

Aborreceis?

María— Aborrezco

Cuanto pertenete á vos.

Blas.—Ya no hay paciencia á sufrir

Tantos insultos, señora;

Vine tierno hace una hora;

Mas ya el furor me devora,

Y á fuerza habeis de salir.

¿Butron?, exclamó furioso,

Don Blas con acento horrendo;

Y salió el criado al punto,

A su voz, del aposento.

Quedó María, al mirarle,

Con sobresalto en el pecho,

Sorprendida y aterrada,
Sobrecogida de miedo.
—¿Qué mandais? dijo Butron.
—Ved, María, no hay remedio:
Que me sigais es preciso
En este mismo momento.
De Don Miguel á la esposa
Prosiguió Don Blas diciendo,
La blanca mano agarrándola,
De ella á pesar del esfuerzo.
—Soltadme ¡monstruo! soltadme.
—Pues seguidme.—No, primero
Vertereis toda mi sangre
Que en menos que mi honra aprecio.
—Butron, entra en ese cuarto;
Y á un grito mio, en el pecho
De un tierno niño que duerme,
Entierra el puñal horrendo.
—¡Ah! ¡qué escucho! . . . No: jamás:
Esclamó con fuerte acento
María, volando al cuarto,
Llena de afán, al momento;
A cuya puerta se puso
Con ambos brazos abiertos,
La entrada, con toda furia,
La infelice defendiendo.
Herid, esclamó, sí, herid
De una triste madre el pecho,
Cuya vida en nada estima
Si á su hijo defiende tierno.
—Señora, dejad que pase,
Dijo, su puñal blandiendo,

El criado de Don Blas,
Empujándola ácia adentro.
—Cobarde, herid os repito,
Que la muerte no la temo,
Pues no vencereis jamás
De una madre el noble esfuerzo.
Entonces Don Blas lanzóse
Sobre ella, de furia ciego,
Y agarrándola del brazo
Quiso vencer su denuedo.
Pero la infeliz María
Contra ambos, con noble aliento,
Se defendia, y gritaba,
Socorro á voces pidiendo.
En esto ruido de pasos
En la escalera se oyeron,
Y de un hombre que llegaba
El terrible y fuerte acento.
—Alguien viene: dijo Inés
Sobrecogida de miedo:
Seguramente es Don Juan. . . .
Huyamos sin perder tiempo.—
Y no bien estas palabras
Pronunció, cuando, ligero,
Entró de Laura el amante
A do estaban, al momento.
—¡Infame! . . . dijo sacando
El tajante y limpio acero,
Y arrojándose á Don Blas
Que le esperaba sereno.
Vuestra sangre vil é impura
Pagará este atrevimiento.

—Huyamos, señor, huyamos,
Pues de otro los pasos sienta
Que ya sube la escalera,
Y que Don Miguel es creó.
Dijo el criado de Blas;
E Inés, tal noticia oyendo,
Apagó la luz al punto,
Para así huir sin recelo.
En tanto el ruido seguía
De los cortantes aceros,
Hasta que tras un instante
Quedó ya todo en silencio.
—¿Dónde te ocultas, infame?
Decía Don Juan, queriendo
En la oscuridad hallar
A su rival vil y fiero.
Pero este ácia la ventana,
Ser sorprendido temiendo,
Se acercó; y á ella al llegar,
Al jardín bajó al momento
Por ella; y tras él, al punto,
Su criado, asaz ligero.
Inés que miró á los dos
Libres del terrible riesgo,
Quiso seguirles también
En aquel lance tremendo;
Pero cuando á la ventana
Se subió, Don Juan que, ciego,
Iba tras de su contrario,
Creyó que de este era el cuerpo
Que á escapar se preparaba,
Y.. —No huirás, con fuerte acento,

Dijo, infame seductor,
Cruél; y en el blanco seno
De Inés enterró, hasta el pomo,
La hoja de su duro acero:
A cuyo golpe cayó
Sin vida, aquella, en el suelo,
Lanzando un ¡ay! espantoso
Al cual le siguió el silencio.—
No era Don Miguel el hombre
Cuyas pisadas se oyeron,
Sino un amigo muy íntimo
De Don Juan que, en tal momento,
Le acompañaba y detras
De él subía con sosiego,
De cuanto estaba pasando
En la casa, muy ageno.

III.

Pasado seis dias han
Desde la noche que airado,
Por las sombras engañado,
A Inés matára Don Juan.

Pero nada Don Miguel
Sabe de esta fuerte escena,
Pues por no causarle pena,
Todo lo han callado á él.

Pues dotado de un feroz
Génio, en extremo iracundo,

Temen su enojo profundo,
Y alguna venganza atroz.

Mas encargado Don Juan
De á su deber atraerle,
En este dia fué á verle,
Y juntos por eso están.

Y muerta quedó la Inés;
Y Don Juan sin temer nada;
Pues la justicia, comprada,
Calló, porque rico él es.

Juan.—Teneis una esposa fiel
Que os ama tiernamente,
Mientras vos indiferente
Sois, con ella, don Miguel.

Y no falta algun galan,
Que al ver vuestra indiferencia,
No la ronde en vuestra ausencia,
Aunque es inutil su afan.

Miguel.—Don Juan, ¿y ese hombre cruel
Compasion ha hallado en ella?...

Juan —No; que es pura cuanto bella,
Y cuanto es muy bella, fiel.

Mas es tan murmurador
El vulgo.....

Miguel.— Yo haré se cure,
Y que ya nunca murmure
De mi nobleza y mi honor.

Y gracias, señor don Juan,
Por tan salvador aviso:
Yo haré de hoy lo que es preciso,
Para ahuyentar tal galan.

Juan.—Mas cuanto llego á decir
No debe daros desvelo,
Que es todo un débil recelo,
Que en nada os debe de herir.

Miguel.—¡Oh! bien satisfecho estoy
De la virtud de Maria,
Y si cual es obra hoy dia,
Yo obraré como quien soy.

Juan.—Pues quedaos ya con Dios,
Y ved que el vulgo es maligno.

Miguel.—Yo me haré del vulgo digno,
Don Juan, y digno de vos.

Y solo llegó á quedar,
Don Miguel, sin paz ni calma,
De celos herida el alma,
Y su honra ansiando lavar.

Y tras un rato cruel
De dolor y de agonía,
Esclamó, sintiendo impía
De la amargura la hiel.

~~~~~  
—Cuatro noches hace, sí,  
Por mí infelice fortuna,

Que á casa al volver á la una,  
De ella á un hombre salir ví;  
Y aunque verle pretendí  
El rostro, nada alcancé;  
Pues él, al notar me, fué  
Mi encuentro al punto evitando,  
Y aunque tras él fuí marchando,  
Alcanzarle no logré.

Y aunque pregunté á Maria  
Quien era el que hubo salido,  
Me hizo quedar persuadido  
De que ella nada sabia;  
¿Y yo no ví que fingia,  
Ni noté su crudo afán!....  
Mas algo sabe don Juan,  
Aunque en ocultar se afana....  
Sí; no mentia doña Ana:  
Las pruebas claras están.

„El vulgo es murmurador,”  
Me dijo don Juan; pues bien,  
Yo haré que no hable de quien  
Sabe conservar su honor;  
Y aunque el galan rondador  
Diz nada llegó á lograr,  
Porque nada á murmurar  
Liegue el vulgo en mi deshonra,  
Seré el médico de mi honra  
Para llegarla á salvar.

Debil humo eres, honor,  
Do el hombre cifra su suerte,

Y por tí la horrible muerte  
Desprecia, ciego, en su ardor;  
Mas ¡ay! que al soplo menor  
Del austro te desvaneces,  
Y en el aire desapareces,  
Derramando sobre el alma,  
Del que buscó en tí la calma  
De la deshonra las heces.

¡Con mis desdichas me abrumo!  
Mas ¿cómo pude esperar  
Que no llegase á faltar  
De casa el honor siendo humo?....  
¿No es dolor terrible y sumo,  
Que honor, que tanto he guardado,  
Lo haya una muger manchado?....  
Mas ¡ah! yo lo he de lavar  
Con sangre que ha de manar  
Del pecho que me ha engañado.

Y al acabar de decir  
Estas últimas palabras,  
De la Aguilar dirigióse  
En el momento á la casa,  
Meditando, en su interior,  
La mas hórrida venganza,  
Contra la esposa inocente  
Que jamas le ofendió en nada.  
Era el instante en que el sol  
Sus rayos al mundo lanza  
Desde el cenit, y en que todo

Con igual calor lo baña.  
Los pájaros, fatigados  
Por el calor que abrasaba,  
Tímidos se guarecían  
Debajo las verdes ramas  
De los árboles frondosos,  
Cuyos brazos se enlazaban,  
Formando calles sombrías  
Do el sol penetrar dudaba.  
En el Nervion ni una ola  
Ligeramente se alzaba,  
Ni una flor sobre su tallo  
Hacia mecer el aura.  
Tal era el día terrible  
En que esta historia nos halla,  
Cuando don Miguel, airado,  
A hablar iba con doña Ana.  
Mas en tanto que él camina  
De la Aguilar á la casa,  
Oigamos lo que esta pérfida  
Con su amante don Blas habla.

Ana.—Es preciso que esta noche,  
Cual lo hiciste la pasada,  
Cuando don Miguel á la una  
Llegue, cual suele, á su casa,  
Procurando que él te vea,  
De ella con cautela salgas,  
Fingiendo, cuando te mire,  
Que mucho de él te recatas.  
Así empezarán los celos  
A despertar en su alma,  
Y al preguntar á su esposa,  
Que de esto no sabe nada,

A quien recibe de noche,  
Mirando que ella se calla,  
Aquellos se aumentarán,  
Tomando por prueba clara,  
Que cuando ella nada dice,  
Es porque culpable se halla.

Blas.—Haré como tú deseas.

Ana.—Hasta que no muera, mi alma  
Jamás ha de estar tranquila.  
Ser la dueña soberana  
Anhele de don Miguel,  
No porque mi pecho le ama,  
Sino porque herido ahora  
Mi orgullo en extremo se halla.  
Si ella muere, yo la esposa  
Seré de él; y en paz y calma,  
Gozaré de sus riquezas  
Que tiene en tanta abundancia,  
Y á mi muerte será mi hijo  
Quien todas llegue á heredarlas.

Blas.—¿Y yo?

Ana.— Cuanto tu codicies  
Tendrás, sin faltarte nada.  
Pero silencio que él llega,  
Pues escucho sus pisadas.—  
Entró don Miguel entonces  
Revelando de su alma,  
En su pálido semblante,  
La iniquidad extraordinaria.

Miguel.—Me han engañado vilmente:  
Tenias razon, tú, Ana:  
Vengo sediento de sangre

Con que sacie mi venganza.

Ana.—¿Qué tienes, Miguel, que tracas  
La faz tan desencajada?

Miguel.—¿No ves en mi triste frente,  
Una deshonrosa mancha  
Que solamente con sangre  
Un noble puede lavarla?

Ana.—¿Que escucho!... ¿Doña Maria?...

Miguel.—Debe morir.

Ana.— ¿Os es falsa?

Miguel.—Debe morir: ya lo he dicho.

Un hombre vi de mi casa  
Salir hace cuatro noches,  
Cuando á ella yo me acercaba;  
Y aunque no sea perjura,  
El saber que entró me basta  
Un hombre, para que yo  
Procure tomar venganza,  
Y así evitar que murmure  
El vulgo, soez canalla,  
De mi nobleza, diciendo  
Que ella á un amante dió entrada,  
En tanto que yo, tranquilo,  
Estaba ausente de casa.  
Mas quiero que me aconsejes  
Lo que ahora hacer debo, para  
Que oculta quede su muerte,  
Y mi deshonra labada.—  
Guardó un momento silencio  
El mas profundo, Doña Ana,  
Procurando la alegría  
Ocultar que disfrutaba.

Y compadecer fingiendo  
A la que ella tanto odiaba,  
Contestó de esta manera  
Con hipócritas palabras.

Ana.—Aunque es cierto que la honra  
Es joya tan delicada  
Que su brillantez preciosa  
La mas leve cosa empañá,  
No debe el hombre entendido,  
Por una sospecha vaga,  
Privarla de la existencia  
A una muger que idolatra.  
Bien sé que el vulgo es maligno,  
Y que de una corta falta,  
Forja cuentos atrevidos  
Conque á los nobles infama;  
Pero yo....

Miguel.— Tú, lo comprendo,  
Todo lo disimuláras,  
Porque tu pecho es muy noble;  
Pero yo que hasta hoy sin mancha  
Conservar he procurado  
Los blasones de mi casa,  
No puedo al verlos hollados,  
Perdonar á quien me infama.  
Por eso vengo resuelto  
A tomar cruda venganza;  
Y cuanto en contra me digas,  
Será diligencia vana.

Ana.—Pues es cosa decidida,  
Y no te hará variar nada,  
El consejo que me pides

Te daré en pocas palabras,  
Aunque dártele le cueste  
Dolor extremo á mi alma.—  
Para que nadie sospeche  
De su muerte extraordinaria,  
Debes de fingir un viaje  
A do diz vas á llevarla;  
Y en uno de tus palacios  
Que cerca de Bilbao se hallan,  
Meterla, do de su vida  
Podrás, sin temor, privarla.  
Hecho esto, con gran cautela  
Vendrás, de noche, á mi casa,  
Donde por un par de meses  
Podrás oculto y en calma,  
Vivir, sin que á saber llegue  
Ninguno del pueblo nada.

Miguel.—Es salvador pensamiento  
El tuyo, querida Ana.

Ana.—Despues de este tiempo, puedes  
Decir que hallándose mala,  
Dejado la has en Sevilla  
O en otra ciudad de España,  
A donde finjas volver  
Cada mes á visitarla,  
Pasando todo ese tiempo  
De ausencia, dentro mi casa.

Miguel.—Pues voy á arreglarlo todo:  
A Dios ángel de mi guarda.

Ana.—A Dios, Miguel, vuelve pronto  
Porque te llevas mi alma.

---

IV.

Es una noche oscura y horrorosa;  
Con furia silba, sin cesar, el viento:  
El agua en mil torrentes furiösa  
Desciende desde el alto firmamento:  
Brama la mar con fuerza poderosa:  
El cielo se arde en rayos mil, sin cuento;  
Y se encuentra el mortal en dura guerra,  
Con cielo, rayos, viento, mar y tierra.

Solo un hombre descúbrese tranquilo  
En medio de la horrisona tormenta:  
Por la ventana de su humilde asilo  
Sale una débil luz amarillenta:  
Derrama de sus ojos hilo á hilo  
Mil lágrimas ardientes, mientras cuenta,  
Con fervor religioso, extraordinario,  
Las ordinarias cuentas de un rosario.

Es un monge feliz, cuya fé ardiente  
Su santo fuego por do quier derrama:  
Sobre una mesa, colocada enfrente,  
Tiene una Virgen que su pecho inflama;  
Mas su oracion turbado ha de repente,  
De uno el ruído que á su puerta llama:  
Abrela al punto, y á su vista encuentra,  
Gallardo jóven que á su alcoba entra.

Y como hace tres dias solamente  
Que llegara á Bilbao, y no sabia  
Si era mala ó pacífica la gente,